

VII JORNADAS ESTATALES DE PSICOLOGÍA CONTRA LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Desde la igualdad hacia el buen trato

Nora Levinton Dolman

noralevinton@gmail.com

“Escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie”

“No se puede escribir poesía después de Auschwitz”

Theodor Adorno

1. Beber de las fuentes de la Filosofía

Se ha hecho evidente la cuestión de cómo poder pensar un modelo de igualdad como fórmula para erradicar la violencia machista: la cultura del buen trato. Desde la realidad actual despierta todos los interrogantes posibles y lo hemos visto con participaciones y enfoques variados a lo largo de las Jornadas.

Y seguramente por la deformación profesional que supone haber estudiado Magisterio y Psicología, me inclino a pensar que la respuesta tiene que provenir necesariamente de lo que Theodor Adorno, filósofo alemán y judío que también escribió sobre sociología, comunicología, psicología y musicología, considerado uno de los máximos representantes de la Escuela de Fráncfort, llamó aportaciones para una teoría crítica de la educación, en la que desarrolló sus ideas en torno a la “educación después de Auschwitz”. Es una aproximación en la que articula su horror ante lo sucedido, reivindicando un “*hacer justicia a lo singular frente a toda forma de dominio coactivo*” (Zamora, 2009:21).

*“Auschwitz fue un proyecto demencial concebido por mentes enloquecidas,
pero fue posible por la complicidad de muchas actitudes violentas. Contra*

ellas -contra el mito de la seguridad que genera actitudes de sometimiento al más fuerte, contra el prestigio educativo de la dureza y la indiferencia ante el sufrimiento, contra la manía de dar más importancia a las cosas que a las personas y contra las novatadas humillantes- se dirige esta evocación de la infancia asesinada en los campos de Auschwitz”.

«Lo que nos habíamos propuesto (se refiere a que era un trabajo conjunto con su colega Max Horkheimer) era nada menos que comprender por qué la humanidad, en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano, se hunde en un nuevo género de barbarie» (Horkheimer-Adorno 1998:51).

Exactamente de eso se trata también en éstas Jornadas, porque como Hannah Arendt señalara *“Ni eran monstruos ni estaban locos, ni había algo demoníaco o monstruoso. Lo que tenía de banal en el caso de Eichman, no es lo que hizo sino por qué lo hizo. No era un idiota moral. Era uno del montón.”* (Arendt, 2003). Y los asesinos, violadores, secuestradores de adolescentes y niñas para el tráfico de “carne femenina”, en su inmensa mayoría son ese mismo “montón”.

No estoy homologando Auschwitz con la situación actual. Sería negligente por mi parte. Estoy identificándome con la necesidad de Adorno de reflexionar sobre el sentido de lo ocurrido y tratar de buscar itinerarios diferentes, para no llegar al mismo sitio. Por eso la educación en su sentido más amplio y extensivo. Para que algo de lo que planteo tenga alguna posibilidad de existencia, previamente habría que recomponer nuestra confianza en el futuro a partir del conocimiento (Bleichmar, 2008), revisitando (como se dice ahora) el “libre albedrío” para enterarnos mejor de qué simientes estamos sembrando.

2. Explicaciones al uso

En principio, coincido plenamente con lo que señala la socióloga Begoña Pernas (2015) sobre que:

“La violencia es uno de los conceptos más complejos y peor tratados de las ciencias sociales. En primer lugar porque engloba fenómenos muy diferentes, con sentidos opuestos. Ha sido explicada por su utilidad y por su irracionalidad, como efecto de la falta de normas y como respuesta a su exceso; como patología individual y como herramienta colectiva, como falta o pérdida de sentido y como sentido desbordado por no existir un marco cultural o institucional que lo encauce o limite. En definitiva, es una cosa y su contrario, quizás porque el término significa sobre todo un lugar más allá de lo social, donde las explicaciones y las palabras no alcanzan (Wieviorka)”.

Por ello se hace necesario un brevísimo recorrido, para aclarar que referencias privilegio.

Indudablemente uno de los puntos álgidos de la conflictividad social es cómo enfrentamos la presencia del “otro”, siendo las mujeres las otras por excelencia, todos tienen alguna otra a mano. La violencia, en éste sentido sería una reedición del arraigado deseo de aniquilación del diferente, de la intolerancia a la otredad donde lo femenino carga con todo el estigma de lo que los hombres no desean reconocer en sí mismos: la vulnerabilidad, básicamente.

Como escribe Van der Kolk, reconocido experto en trauma, respecto a la drogadicción adolescente:

“Sabemos que una de las principales razones de consumir drogas habitualmente en los adolescentes es que no pueden soportar las

sensaciones físicas que indican miedo, rabia e impotencia "(Van der Kolk, 2015:403).

¿Será por eso que tantos hombres se comportan de manera tan poco madura? ¿Por qué tampoco pueden soportarlo?

Pero además dentro del amplio espectro de explicaciones psicosociológicas abundan las que hacen hincapié en la violencia como consecuencia del resentimiento por las promesas políticas incumplidas y la falta de perspectiva de futuro. Las consecuencias de este descarnada neocapitalismo salvaje que describe como la violencia urbana, es la consecuencia de cómo una masa masculina muy amplia percibe la extrema fragilidad a la que están expuestos por su precariedad socioeconómica sumada a su incapacidad de comprender las nuevas reglas de juego de las relaciones con las mujeres.

Y como su descarga de violencia en mujeres y niños es vivida por ellos como una forma "sutil de justicia": una suerte de "a mí me humillan, y por lo tanto yo lo hago con los que están por debajo mío... ¿Conciente? ¿Inconcientemente?

La violencia simbólica ilustrada por Bordieu (2000), en ese libro imprescindible que es "La dominación masculina", nos ofrece una lúcida aproximación a cómo operan la frustración y la impotencia como catalizadores de una violencia reactiva, que retroalimenta el circuito. También desde una perspectiva neomarxista (Illouz, 2007) se insiste en cómo los hombres han acumulado una plusvalía de poder en base al ejercicio de una sofisticada violencia en todos los ámbitos. Y lejos de plantearse globalmente la transformación necesaria para el cambio, generan nuevas estrategias y tácticas de producción de dominación en una parafernalia de prepotencia y depredación.

En los últimos años se habla (y se escribe mucho) sobre las nuevas masculinidades. Sobre la crisis que afecta a los hombres como consecuencia del progresivo

empoderamiento femenino... Del impacto social que ha tenido la teoría feminista, al hacer tan extensivo la idea de que lo personal es político (Millet: 1969).

La reacción es que hay un orden que defender que es “el de toda la vida”, el de la hegemonía del poder masculino y así como hubo que dominar la naturaleza y domesticarla, hay que seguir haciéndolo con las mujeres, que como bien sabemos, son parte de ella. En esa defensa se asociaba a las mujeres a la naturaleza y a los varones al lado de la cultura. O sea, no me puedo permitir ser tratado de una forma que no deje la evidencia de que soy quien detenta el poder. Como si lo que estuviese en juego fuese la propia autoconservación. Cuando en realidad son ellas las más desfavorecidas, sin recursos, impotentes en toda su magnitud, la vida de las mujeres queda supeditada a como negocian las condiciones de dominación. Cuando pueden. Con el fantasma de que su vida vale menos que nada. Que ella no es más que algo de lo que un hombre se ha apropiado y de quien se siente dueño.

Los matices son cuantitativos, en función de nuestras condiciones particulares y de los grupos en los que estemos insertas, las comunidades, los países en los que residamos, obviamente, pero el trasfondo el fantasma de la violencia nos amenaza a todas: la desaparición de mujeres esclavizadas para la prostitución, las violaciones, las distintas formas de vejación (Segato, 2013).

La reverberancia siempre confirmada de la inseguridad, (la novedad de las violaciones con sumisión química). Con su complemento perverso, no solamente nos sentimos inseguras sino que la llamada “ideología del género” refuerza la idea del “por algo será... Variaciones sobre la idea del culpable y de las lógicas de expulsión tipo ella “*se lo merece*”, “*se lo ha buscado*”. Los obispos, imanes, u otras figuras igualmente “autorizadas” exponiendo una y otra vez sus explicaciones sobre cómo somos nosotras las que provocamos ser asesinadas, violadas, secuestradas para esclavas sexuales. La eterna proyección de la culpa. El enorme esfuerzo psíquico que supone llegar a deconstruir ese implacable mecanismo...

La desigualdad ha favorecido que estemos inmersas en un contexto de violencia de todos los órdenes contra las mujeres. Ilustrado magistralmente por la filósofa feminista María Luisa Femenías al hablar de “nuestra violencia cotidiana contra las mujeres”.

3. Recurriendo a Lo Psi

Las sociedades en las que vivimos son las fábricas de producción de subjetividad. Todos nosotros, nuestras familias y grupos de referencia, los ámbitos en los que nos movemos y los que eludimos. Si pretendemos educar para el futuro teniendo en cuenta todo lo que ya sabemos tenemos que poner el acento en como las nuevas formas de violencia, el bullying, toda la gama del acoso, nos describe unas condiciones muy favorables para el desarrollo de modalidades psicopáticas.

Literalmente que al desmontar siglos de oscurantismo y una educación basada exclusivamente en el castigo y la culpabilización, “hemos tirado al niño junto con el agua en el que lo bañábamos”. Hemos intentado desterrar la culpabilización sin esclarecer como en tanto seres necesitados de cierta “domesticación”, era necesario implementar nuevos recursos. La moral actual facilita que la necesidad de pertenencia al grupo lleve a aceptar desde bromas machistas y/o racistas, palizas salvajes a compañera/os, fotos de intimidades ajenas expuestas impudicamente en Facebook, chantajes emocionales, amenazas de toda clase.

Si no estamos suficientemente atentos, que no lo estamos sino en grupos muy minoritarios, una corriente de opinión pública nos penetra y construye la falsa apariencia de que *“no pasa nada si...o no es tan grave”* o por el contrario, *“¡qué exagerada!”* a las que continuamente ponemos el dedo en alguna llaga. Con un resultado catastrófico: la identificación como principio regulador “a la baja”: *“soy uno/a más, como la/os otra/os”, “los demás también lo hacen”*. Por lo tanto, puedo ser tan malo/a, violento/a, agresivo, cruel, insensible como lo/as demás. Porque hay en éste carácter universal de la indiferencia frente al sufrimiento del otro, un factor de homogenización.

¿Qué diferencia a un grupo de jóvenes “normales” de los violadores en grupo con filmación de su atrocidad incluida? Exclusivamente la internalización o no de unas normas que incluye emociones, cogniciones, un grado de evaluación permanente sobre aquello de lo que estamos siendo partícipe. ¿Dónde queda el rastro de lo que no se puede, para que en unos no se les ocurra y en los otros no sirva de freno?

Vivimos rodeados de una amplia masa social, desideologizada, que no se compromete con la defensa de la crítica a las injusticias y la crueldad, que no reconoce como suyo el horror de la “vecina de al lado”, que reacciona frente a todo como si no fuese con él hasta que no es su hija... De modo que se repiten continuamente los mismos “procedimientos”: invisibilización de las víctimas, la sensación de vivir en un marco que preserva la impunidad y refuerza continuamente la sensación de inseguridad, la falta de garantías. ¿A qué ética vamos a apelar si no hay? No hay conciencia del valor de los límites como topes contra el exceso.

4. Apuestas de futuro

En un más difícil todavía, nuestro desafío respecto de la educación es cómo convertirla en un instrumento que favorezca el procesar, toda la información recogida. Nos toca inculcar tanto el respeto a unas normas consensuadas como al mismo tiempo desarrollar un juicio crítico que permita discriminar los fundamentalismos y no ser caldo de cultivo de las soluciones “salvadoras” extremas. Retomar la vieja idea de que renunciamos a la satisfacción inmediata de “la ley del deseo” o la descarga emocional, como marca registrada de la época, para obtener otro tipo de beneficio. Una vez más el principio de realidad negociando con el de placer. Encontrar caminos para que detenernos a pensar se convierta en placentero. Pero para ello hay que tener un universo simbólico donde el valor de lo que se puede o no hacer, de cómo tratar a los demás, esté ya inscripto. Y todo aprendizaje requiere respeto por la palabra del otro.

Si no creemos en lo que nuestras figuras significativas nos transmiten es difícil avanzar. La confianza se construye y se destruye. Señala Van der Kolk: *Los niños y los adultos hacen cualquier cosa por las personas en que confían y cuya opinión valoran* (Van der Kolk, 2015, p. 399)

Si los adultos nos saltamos todas las reglas y nos permitimos actuar el descontrol, gritar para “supuestamente poner límites” cuando básicamente es una descarga de nuestra irritación e impotencia, si exhibimos nuestra intolerancia a los errores propios y ajenos. Si hemos respondido justificando nuestro carácter por los problemas que acarreamos, ejemplificando que todo puede ser una buena coartada para fundamentar malos tratos, reproches, descalificaciones, humillaciones.

Si eso es lo que hemos transmitido, ¿por qué esperamos que los niños, jóvenes, futuros adultos en cualquier caso, sepan regular mejor sus estados de ánimo que lo que lo hemos hecho nosotro/os y **no** tengan estallidos de agresividad, insolencia, desplantes, exabruptos? Nuevamente Van der Kolk apunta que: *“el trauma alimenta más trauma. La gente herida hiere a los demás”* (2015, p. 397). Y sabemos que su contrapartida fue planteado por Bowlby hace ya muchos años:

“...los bebés humanos, al igual que los de otras especies, están preparados para desarrollarse de manera socialmente cooperativa; que lo hagan o no, depende en gran medida de cómo son tratados” (Bowlby, 1988).

Literalmente:

“Padres empáticos favorecerán el desarrollo de hijos cooperativos. La ausencia crónica de empatía estimulará la hostilidad y el conflicto” Para Bowlby, existiría en los padres una “disposición a brindar cuidados”, que los inclinaría hacia la atención del bebé. Para este psicoanalista, la conducta de crianza -así como la de apego- se encuentra en cierto modo preprogramada, o sea preparada para desarrollarse, en tanto las

condiciones lo permitan. Esto no significa hablar de un instinto parental. Existe una preprogramación, una "tendencia a", que requiere de las experiencias para desarrollarse y organizarse. Si el curso de los acontecimientos es normal, el progenitor experimenta deseos de cuidado: abrazar al niño, consolarlo, protegerlo, alimentarlo. Esta disposición puede verse interferida por las experiencias infantiles de los padres. Los malos tratos o frustraciones sufridas cuando niño predisponen a brindar un maltrato al hijo o a alterar la conducta de cuidados (Juri & Ferrari, 2000).

5. ¿Qué está pasando?

Por ejemplo, ¿cuál es el mensaje que encierra la eliminación de la asignatura de Ética? Que es prescindible. Que vivir en una cultura violenta no tiene nada que ver con la ética. Que los insultos y tensiones (hasta a veces con agresiones) de la circulación y me refiero literalmente a lo que sucede en nuestras calles cuando alguien se equivoca, o conduce torpemente, o se demora cuando cambia el semáforo, tampoco tienen nada que ver con la Ética. Igual que despreciar al diferente, abusar del que está en peores condiciones, humillar al que no puede defenderse, ser salvajemente competitivo, despiadadamente autoritario, caprichosamente arbitrario.

Nada de esto tiene que ver con la Ética, ¿no? Como tampoco que el sistema en el que nos hallamos insertos, expone una terrorífica tolerancia a los abusos sexuales infantiles dentro de las propias familias, en la iglesia, en la escuela...Y me refiero no exclusivamente a los perpetradores sino a un entorno que los oculta, en nombre de intereses espúreos, los metaboliza y en lugar de ser productos de desecho condenados a ser públicamente reconocidos y sancionados sus nombres y sus crueles delitos, se pierden en el magma del tiempo, que no todo lo cura, claro que no. Todo lo contrario: lo convierte en síntomas de Estrés Post Traumático.

Necesitamos un nuevo campo de saberes y práctica (Fernández, 1999).¹ Los paradigmas y metáforas que hemos elegido para que nos describan y definan. Edipo versus Ulises. Repensar todo. Nos toca el esfuerzo de teorizar. De volver una y otra vez sobre cómo se construyen los valores. Cómo nos diferencia nuestro umbral de tolerancia al dolor ajeno, a la humillación. Nuestra capacidad de no ser premeditadamente crueles, violentos, sádicos.

La creencia en que el bienestar, los buenos tratos hacia “esas otras (las mujeres) también son parte de mi responsabilidad” como persona, que la sociedad en la que vivo implica tomar decisiones para transformarla. Que me compete (quienquiera que yo sea) cuando son agredidas, maltratadas en cualquiera de sus manifestaciones.

Sugiere Sandra Buechler que “el regulador más potente de una emoción es otra emoción” (2015, p. 23). Por lo tanto sino contraponemos a la indiferencia el impacto emocional de la empatía, nada puede resolverse. Que las “buenas costumbres” que nos configuran como seres humanos, nos demandan participar activamente para combatir, cuestionar, erradicar, condenar la barbarie en cualquiera de sus formas.

Son nuestros vínculos, nuestras experiencias emocionales compartidas las que pueden darnos alguna expectativa de cambio.

6. Las gafas feministas.

La siniestra paradoja de que el movimiento emancipatorio del feminismo, la tan denostada “ideología del género” trajera aparejada su correspondiente brutalidad:

¹ También a los mitos que aluden a la cooperación como el de Ulises y no al Edipo

el asesinato de mujeres como fenómeno casi endémico, y absolutamente propagado, parece demencial.

Decía Pierre Bordieu que el argumento de tantos hombres maltratadores cuando tienen que explicar su agresión remite a ese “es más fuerte que yo”, “no puedo impedirlo”. A lo que él agrega que se trata de que se sienta obligado a impedirlo a sí mismo. Pero, ¿cómo? ¿Qué puede cambiar tanto su sistema motivacional como para que el impedirse ser violento se convierta en un objetivo para él mismo? O por lo menos a hacerse cargo de que no puede “permitírsele”. La coartada subyace en una cultura como la nuestra que fomenta la ley del deseo: por lo tanto la no necesidad de hacer del control de la impulsividad agresiva un imperativo categórico de primer orden.

Es la perspectiva de lo que nos define como humanos lo que está en juego. De manera que sino partimos de que vivir en sociedad supone establecer el fundamento de lo interpersonal como la base fundante, no habremos entendido nada. Y en tanto el statu quo de lo interpersonal nos determina, estamos abocada/os a la necesidad del ajuste emocional permanente. Conmigo misma y con los que me rodean.

Otra vez dirá Van der Kolk (2015):

“Las personas pueden aprender a controlar y a cambiar su comportamiento, pero solo cuando se sienten suficientemente seguras para experimentar con nuevas soluciones (Van der Kolk, 2015, p. 397).

Y propone, y me sumo a ésta propuesta con plena convicción:

(...) Además de la lectura, la escritura y la aritmética, todos los niños deben aprender autoconocimiento, autoregulación y comunicación como parte de su currículo principal. Igual que enseñamos Historia y Geografía tenemos que enseñar a los niños cómo funcionan su cuerpo y su cerebro.

Tanto para los adultos como para los niños, mantener el control de uno mismo requiere familiarizarnos nuestro mundo interior e identificar con precisión qué nos asusta, nos preocupa o nos encanta” (Van der Kolk 2015, p. 403)

Y continúo yo, si los niños deben aprenderlo, tendremos que aprenderlo previamente los responsables de esa transmisión, los adultos.

Resulta estimulante retomar la idea kohutiana de empatía como un aspecto del amor maduro en las relaciones familiares e intergeneracionales (Juri & Ferrari, 2000). Pero tampoco alcanza la empatía nos puede inclinar tendenciosamente a la justificación de todo lo que provenga de alguien cercano, (por algo en los juicios, los miembros del jurado no deben tener relación alguna con el caso) (Decety & Cowell, 2015).

Evidentemente tenemos que revisar nuestros referentes teóricos, bibliográficos, nuestros paradigmas, creencias y mitos para poner de relieve la importancia de saber cuáles son “nuestras gafas de mirar”, si pensamos que el Complejo de Edipo es lo universal, como la envidia al pene, o son modalidades posibles pero puntuales². Y si todos los caminos conducen hacia Roma, esa es la compleja cuestión de cómo accedemos a la construcción de nuestro “espacio moral”, ese proceso que nos situará de uno u otro lado *de la ley*.

² Kohut recurre al mito de Ulises (Odiseo) como un modelo de su nuevo paradigma. El mito de Ulises ilustra la figura de la salud mental; el de Edipo la figura de la enfermedad. Lo que pretende transmitir Kohut es que la dramática edípica no es una imposición fatalista de oscuro origen psicobiológico. Edipo es el prototipo del hijo destruido por la patología de los padres. Serán las respuestas patológicas y patógenas de los progenitores en su incapacidad de responder empáticamente a las necesidades elementales del vulnerable self infantil en desarrollo las que producirán su colapso y desintegración, que se hará visible con la emergencia de pulsiones asesinas e incestuosas. (Juri & Ferrari, 2000).

7. De la igualdad a los buenos tratos. Conclusiones

Escribe Amelia Valcárcel:

La igualdad, además de uno de los valores comúnmente admitidos, es sobre todo una suposición. Y lo es en un doble sentido. Primero: porque a nadie se le escapa que no existe de hecho y que quizá ni siquiera es factible. Segundo, en su sentido más fuerte, porque, del mismo modo que sucede con otras ideas de la Modernidad (el progreso, la solidaridad, los derechos individuales, el contrato social...) el mundo que brota de pensarla es distinto del que existiría si no entrara en el horizonte de lo sabido y deseable. En este segundo sentido, la igualdad es la suposición por excelencia para que la moral sea posible. Si no estamos dispuestos a considerar que cualquier otro tiene deseos o derechos tan seguros como los nuestros, ¿cómo podríamos siquiera plantear la universalidad, que es la forma propia del juicio moral?. (Valcárcel, 1993, p. 15).

Si la igualdad se asienta sobre la idea misma del ser moral, es evidente que ésta sería la premisa fundamental: el buen trato es básicamente la consideración de los demás como mis iguales en el sentido más amplio. Como merecedores del estilo de trato que nos gustaría recibir. Lo que Savater (2008) planteaba sobre la Ética como amor propio. Poder transmitir la idea de que las relaciones necesitan climas emocionales donde se pueda compartir. De intercambios donde el conflicto sea transitado con el malestar del desencuentro, sin que se inunde de un desborde emocional imparable.

Poder reconocer en los demás las mismas necesidades que esperamos poder satisfacer, las heridas que nos acompañan, la expectativa de que las experiencias nos faciliten evolucionar. Sabemos que el riesgo de tratar a los demás como a nosotro/os misma/os es que la posibilidad de que seamos tan agresivos como lo somos internamente. Y que éste es uno de los aspectos tan complejos en torno a haber vivido experiencias de maltrato infantil a los que se suman la identificación con

figuras violentas y una automatización de respuestas donde se reactualizan una y otra vez éstos episodios.

Llegados a éste punto me interesa subrayar algunos puntos sobre el tema que nos ocupa:

- la perspectiva de género no solamente es útil sino indispensable para entender en profundidad de qué se trata la violencia de género.
- no es indiferente lo que se piense sobre el origen y las causas de la violencia de género.
- todos los modelos **no** son igualmente válidos.
- es imprescindible la capacitación personal específica en la materia.

Como apuntan en un reciente y recomendadísimo libro, *Guía de intervención en casos de violencia de género. Una mirada para ser*: “la intervención que realicemos con las mujeres víctimas de violencia depende fundamentalmente de cómo nos posicionemos las/os profesionales” (Romero Sabater, 2015, p. 13).

Lo cual no permite escudarse detrás de la socorrida frase que define a la violencia como estructural sin detenerse a explicar que se pretende decir con ello.

Hace mucho tiempo que venimos bregando con la problemática socialización diferencial donde rastreamos los gérmenes de la desigualdad que se van sembrando paulatinamente en una cultura predominantemente machista y patriarcal como la nuestra.

Hemos reconstruido exhaustivamente cada una de las etapas de cómo se va construyendo una subjetividad femenina “abonada” en ideales de cuidado al/la otro/a, al sometimiento como contrapartida de la docilidad, a mandatos confusos y contradictorios sobre el ejercicio de la agresividad en tanto chicas y después mujeres, al sostenimiento de la “ilusión del Amor Romántico” como anhelo insustituible.

Toca considerar así de minuciosamente cada etapa evolutiva en el tránsito a una masculinidad adulta perniciosa, nociva, que nos perjudica gravemente. Que se disocia o se hiperconecta con sus emociones más temidas: el miedo, la vergüenza, la sensación de fracaso, la culpa...y que al no poder procesarlas adecuadamente los lleva a respuestas de descarga en la búsqueda de una regulación al precio de “machacar “ a quien tiene a su lado.

Apunta Regina Pally:

“La mente y el cuerpo aparecen comprometidos en la emoción, que pareciera coordinar ambos. La emoción organiza la percepción, los pensamientos, la memoria, la fisiología, la conducta y la interacción social. Cuando una persona tiene miedo, es más fácil que codifique los estímulos como temibles o tranquilizantes, que asocie el recuerdo de situaciones peligrosas, que tenga pensamientos intimidantes y reacciones fisiológicas de alerta. En el sentido más elemental, las emociones organizan respuestas a estímulos gratificantes o adversos, por ejemplo: ante una separación, un niño organiza una conducta que desencadena una respuesta confortante de la figura cuidadora (Pally, 2000).

Un modelo de buen trato implica básicamente lo que menciona Van der Kolk (2015) sobre cómo crecer con un mayor conocimiento de quien soy y qué me pasa, cómo reacciono a la frustración, al rechazo, a la rivalidad, a los celos, etc. Identificar el estilo de respuestas, poder reflexionar continuamente sobre la calidad de mis reacciones, sobre el impacto intersubjetivo. Entender que dónde pone cada uno el límite no deja nunca de ser una categoría arbitraria. Es en función de lo que me pasa a mí, no puedo pretender universalizarlo.

Entonces, ¿cómo se configuran nuestros valores? En síntesis, nuestra capacidad de establecer fronteras respecto de lo que nos resulta tolerable, asimilable, disculpable... también tiene una genealogía. Y está suscrita a nuestra memoria. Fue en el transcurso de esa historia cuando se fueron inscribiendo cada uno de los ítems

que en su caprichosa combinatoria terminaran conformando lo que tendemos a creer que son nuestros valores morales. Lo son, pero están atravesados por la epopeya emocional que nos terminó por moldear.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah (2003). Eichmann en Jerusalén. Barcelona: Lumen 2003.
- Buechler, Sandra (2015). Marcando la diferencia en las vidas de los pacientes. La experiencia emocional en el ámbito terapéutico. Madrid: Ágora Relacional.
- Bleichmar, Silvia (2008). Conferencia: “La construcción de las legalidades como principio educativo”. Ciclo de video conferencias Cátedra Abierta: aportes para pensar la violencia en las escuelas. Observatorio Argentino de Violencia en las escuelas.
- Bourdieu, Pierre (2000). La dominación masculina. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bowlby, John (1988). Una base segura: Aplicaciones clínicas de una teoría del apego. Buenos Aires: Paidós.
- Decety, Jean; Cowell, Jason M. (2015). *La relación equívoca entre moral y empatía*. En: The Moral Brain. A multidisciplinary perspective. Editado por Jean Decety y Thalia Wheatley. Cambridge: The MIT Press.
- Fernández, Ana María (1999). El campo grupal. Notas para una generalología. Buenos Aires: Nueva visión.
- Horkheimer, Max; Adorno, Theodor W (1998). Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos. Madrid: Trotta.
- Illouz, Eva (2007). Intimididades congeladas. Las emociones en el capitalismo. Madrid: Katz.
- Juri, Luis; Ferrari, Luis. *¿Rivalidad edípica o cooperación intergeneracional? Del Edipo de Freud al Ulises de Kohut*. Revista Aperturas Psicoanalíticas nº5, 2000.
- Millet, Kate (2010). Política sexual. Madrid: Ediciones Cátedra Feminismos.
- Pally, Regina. (2000). The mind-brain relationship. New York: Karnak.
- Pernas, Begoña. “¿Violencia de género o terrorismo machista?”. Revista Transversales, nº 36, octubre 2015.

- Romero Sabater, Inmaculada (2015). Guía de intervención en casos de violencia de género. Una mirada para ver. Madrid: Síntesis.
- Savater, Fernando (2008). Ética como amor propio. Barcelona: Ariel.
- Segato, Laura Rita (2013). La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado. Buenos Aires: Ediciones Tinta Limón.
- Valcárcel, Amelia (1993). Del miedo a la igualdad. Barcelona: Crítica.
- Van der Kolk, Bessel A. (2015). El Cuerpo lleva la cuenta. Cerebro, mente y cuerpo en la superación del trauma. Barcelona: Editorial Eleftheria, pp. 403.
- Zamora, José Antonio. Adorno: aportaciones para una teoría crítica de la educación”. Revista Teoría de la educación 21, 1, 2009, pp. 21. Ediciones Universidad de Salamanca.